

lf

Álvaro Prieto Hernández

Desde que tengo memoria, muy dentro de mí, sé que siempre he querido ser un superhéroe. Ser metálico, pesar una tonelada y tener *bazookas* en los hombros. Así que cuando conocí a Buka-Buka Joe y me habló del Proyecto, supe que mi hora había llegado.

Nos conocimos en una manifestación para exigir al ayuntamiento matrículas universitarias más baratas y la supresión de la selectividad. Toda mi vida me había encontrado fuera de lugar y, por error, intentando integrarme dentro de algún grupo social, cualquiera, no me importaba cual, había ido a enredarme con un rebaño de imbéciles pre-adolescentes cuyas únicas preocupaciones eran el color de su *scooter* y si en aquel bar había consumición obligatoria o sólo cuota de entrada. Ni siquiera sé qué hacía yo con ese grupo en una manifestación. Parecía ser que, de vez en cuando, el grupo se unía al tropel universitario para desgañitarse frente a cualquier edificio de la administración pública para exigir utopías y quimeras. Todo me indicaba que para ellos, gente a la que no le faltaba dinero para cualquier excentricidad, todo eso se trataba de una especie de ritual terapéutico que les sumía en la ilusión de que estaban haciendo algo importante por el mundo, más allá de su universo *Lacoste*, de barras libres y conciertos de *Sau*. Y se sentían honestos. Pero fue entonces, cuando vi los puntos destelleantes en el cielo, mientras andábamos por las Ramblas hacia la Plaza Sant Jaume, que descubrí mi verdadero destino en esta vida.

Lo que al principio eran simples motas brillantes en el cielo azul del medio día, se convirtieron en atronadoras estelas de fuego y retumbantes turbinas incandescentes. No tardaron en descender sobre la multitud y mostrarse en toda su gloria. Reconocí de inmediato las turbinas «McDonnell Douglas M-30», los escudos térmicos «CH-330» y la textura del polietileno superconductor de los implantes nerviosos en las juntas de sus cuerpos. Eran el Escuadrón de Paz. Yo tenía todos sus cromos. Los había coleccionado en secreto, en coalición con el vendedor del kiosko de mi barrio, porque todo el mundo lo consideraba una afición de críos. Pero lo mío era más que una afición. Tenía grabadas todas sus apariciones públicas en programas como «Sorpresa, sorpresa», cuando calcinaron por accidente a Isabel Gemio y cuando lograron hacer callar a Jesús Hermida en su programa «Sin límites». Fue hermoso. Los cinco miembros del Escuadrón descendieron en su típica formación de dispersión de masas exhibiendo sus implantes mecánicos para despertar el terror sobre los manifestantes. Estaba «Mónica Dynamo», la portavoz del grupo, gritando órdenes a la multitud a través de su sampleador electrónico, instándole a dispersarse por su propio bien. También estaban «Lucky Nuke» y «Buka-Buka Joe», el líder, entre otros.

No tardó en empezar a llover el plasma llameante sobre los

El misántropo mecánico

estudiantes. Los brazos y piernas de decenas de universitarios impertinentes volaban a través de las explosiones, cauterizándose al instante, algunos convirtiéndose en cenizas. Tal era la energía que desplegaban los cañones de deuterio F-11 montados en los brazos de «Buka-Buka Joe», cuyo caparazón metálico cromado resplandecía entre el pandemionium de cuerpos eviscerados, chillidos y lenguas de fuego blanco, como un tributo a la naturaleza superior de la tecnología y la carne unidas. Esquivando a los estudiantes espantados que corrían para salvar sus patéticas vidas, logré acercarme a Buka-Buka para admirarle y pedirle un autógrafa. Con la emoción del momento, no recordé que los dispositivos de proximidad de la coraza de Buka-Buka emitían un escudo electromagnético que paralizó mi sistema nervioso tan pronto como me puse a cinco metros de distancia de él. Pero por entonces el ochenta por ciento de mi piel ya había sido abrasada por las ráfagas de plasma y las explosiones de los mini-cohetes.

Cuando desperté en el hospital los médicos me dijeron que jamás volvería a ser el mismo. Pero no me importó demasiado porque un cambio no me vendría mal. Además recibí la visita de Buka-Buka Joe, que venía a disculparse. En una sociedad donde sólo los vivos disfrutaban de la presunción de inocencia, yo me había convertido, para el Escuadrón de Paz, en alguien a quien mantener contento. Mis padres ya habían intentado imponer una demanda millonaria al Escuadrón pero yo les detuve en cuanto hablé con mi ídolo.

- Siempre quise ser como vosotros.- le dije a Joe- Y os apoyo al cien por cien en todo lo que hagáis.

Los ojos de Buka-Buka parecieron brillar de emoción tras su visor HUD (*Heads-Up-Display*)¹ y empezó a lanzar pitidos. A través de su interfaz lingüístico me habló del Proyecto. Me dijo que podrían cambiar mi vida. Que no era al cien por cien seguro, pero que podía convertirme en algo mejor.

Sin dudar, me presenté voluntario para el proyecto. Empezaron por implantarme una mandíbula hidráulica y un brazo mecánico, pero, superado el riesgo de rechazo, los médicos decidieron invertir en mí más de su tecnología cibernética. El día que substituyeron mi lóbulo frontal por una computadora de seguimiento de misiles fue el más grande de mi vida. Hoy por hoy ya me han suprimido el centro del habla del cerebro por un módem y llevo una vida excepcional formando parte de la nueva y más respetada minoría del país. Actualmente formo parte del segundo Escuadrón Pacificador y puedo decir que, volando a Mach 2 entre las explosiones y la multitud aterrorizada, he encontrado la felicidad que la humanidad no me supo dar.

¹HUD: Pantalla de seguimiento de objetivos